

de todos los tiempos y de todos los países, en el que la escoria humana encuentra su adecuada cloaca — recorría las calles de Madrid, con sucia alegría de vino y griterío soez. Frente al Palacio Real, recién abandonado por don Alfonso XIII, la turba extremaba su griterío y grosería. Alguien, a la vista de un hermoso perro negro, dijo que aquel animal era propiedad del rey, cosa, efectivamente, cierta.

Lo ocurrido entonces repugna por infrahumano y cuesta trabajo creerlo, a pesar de ser verídico; unas cuantas fieras — no podemos llamarles hombres — se lanzaron sobre el perro, lo cogieron, y, desahogando sus instintos criminales, le sacaron los ojos, contestando con risotadas y blasfemias a los tristes aullidos del indefenso animal, cuyo único delito era el haber sido propiedad de un rey caballero y español.

Envuelto en sombras perpetuas, «Moro», que así se llamaba el perro, vagó entre la oscuridad nocturna por las calles madrileñas. La noticia del bárbaro episodio llegó a oídos de *La Goya*. Con rabia, asco y pena, hizo toda clase de gestiones, hasta encontrar a la pobre víctima y trasladarla a su domicilio.

Con caridad y ternura curó las heridas, tomando bajo su protección a «Moro», el cual pasaría ya el resto de su existencia, cuidado con mimo, en la casa de la artista. Allí lo vi, ciego y humilde, pagando con fidelidad y cariño los favores recibidos. Murió de viejo, bastantes años después.

Cuando supe esta historia, la voz de las dulces canciones de mis discos, la belleza que nunca admiré en sus tiempos de esplendor, tuvo de mí un tributo de admiración mucho más hondo. Decían que Aurora tenía un carácter dominante, que era caprichosa... Nada pueden importar sus pequeños defectos, ni sus méritos artísticos; sobra para enaltecer su memoria el rasgo que refleja la hermosura de su corazón sensible y generoso y que se compendia en una sola palabra: «Moro».

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros y de San Miguel



TRÍPTICO

LA FLOR EN EL VASO

Poema: flor en el vaso.
La antigua voz tu aroma
cantando, siempre cantando.
J. R.

MELIBEA

«Los ojos verdes, rasgados...»
LA CELESTINA.—Acto 1.º

Ojos verdes, rasgados, en que brilla
la luz donde se ciega la cordura.
Alta y serena sangre, levadura
de los panes de amor: trigo en gavilla.

Rubios cabellos a que el sol se humilla
por besarlos en toda su longura.
Madejas de oro fino y miel madura
que a un tiempo son señuelo y redecilla.

De dos damas del aire, en tu corpiño,
guardas la pluma, meces el arrullo
y acendras la tersura de su armiño...

Por eso pierdes la color, doncella,
cuando en la umbría de aquel huerto tuyo,
del fiero halcón se clava la centella.

II CALISTO

«Yo Melibea soy y a Melibea adoro,
y en Melibea creo y a Melibea amo»
LA CELESTINA.—Acto 1.º

Por dos verdes saetas vió transidas
su sangre moza y varonil simiente.

Cielo y tierra se ayuntan en su frente
y en ella engendran vuelos y caídas.

Quiero aplacar la sed de sus heridas;
al limpio chorro llégase demente,
y entonces halla, en la engañosa fuente,
de loco amor sus lágrimas vertidas.

¡Amor, amor, oh dulce Melibea,
dale a beber por tus caricias preso!
¡Que en ti la fuente sin engaños vea!..

Y entre el cielo y la tierra, vuestro canto,
funda el surco y la alondra con un beso
de alegría y dolor, risas y llanto.

III

CELESTINA

«¡Oh maravillosa astucia! ¡Oh singular
mujer en su oficio!»

LA CELESTINA. — Acto 6.º

¿Tuviste alguna vez dieciséis años,
oh nunca virgen, cauta Celestina,
o escalaste, trotera y ya ladina,
de la primera infancia los peldaños?

Bajo tu manto celas tus antaños,
hurtas el rostro, y con tu voz felina
enseñas al novicio tu doctrina:
ciencia gustosa de yacer sin daños.

Desde el alba a la noche, pescadora,
hundes sedal y mallas sibilantes
en el regazo turbio de la hora;

y aún más que el logro, la ilusión te ufana,
de ver entre las redes palpitanter
cómo las bocas muerden la manzana.

José ROMILLO

EXTREMADURA TEOLOGICA

Licdo. A. Aradillas Agudo. Pbro.



ESTÁ por hacer una historia completa de la Teología española. Para estudiarla hoy, es necesario recurrir a monografías diversas y a ensayos particulares y concretos sobre autores, sobre sistemas o sobre escuelas.

No disponemos de un manual de Historia de la Teología española y, aunque nos duela la sinceridad, nos vemos obligados a confesar que esta obra no podrá ser realidad perfecta, sino después de pasados muchos años de investigación, que nos ofrezcan el fruto maduro de las ediciones críticas de nuestro teólogos sobre las que pueda cimentarse después la Historia.

Aún hoy desconocemos obras fundamentales de nuestros teólogos sin cuyo conocimiento será imposible hacer historia auténtica.

En las últimas décadas del siglo XIX, recomendaban al Cardenal Ceferino González la edición de las obras de los filósofos españoles recopiladas en un *Corpus philosopharum hispanorum*. Pensó entonces el Cardenal que sería más provechoso la recopilación del *Corpus theologorum hispanorum* y lanzó la idea de esta publicación grandiosa en la que habría de presentarse el pensamiento de todas las grandes figuras de la Teología española en las ediciones críticas de sus obras.

La idea no pudo ser realidad cuando lo hubiera pensado el Cardenal. De haberse ejecutado entonces, España no lamentaría ahora la pérdida irreparable de obras tan fundamentales que desaparecieron de nuestros archivos en estos años, por incuria o por causas diversas.

Hace ya unos años que propuso esta idea nuevamente el eminente historiador P. Beltrán de Heredia O. P. La idea fué muy cariñosamente recibida por los asambleístas en la Semana Teológica de Madrid, y se iniciaron los trabajos preparatorios para la creación de unas comisiones que habrían de llevar a la práctica este proyecto de proporciones tan gigantes.

Hoy, con el sentido crítico más acuciado, podría efectuarse esta edición más fielmente y con más exigencia de crítica textual y doctrinal, que si se hubiera efectuado en los últimos años del pasado si-